

EL CUERPO REPARTIDO

Rubí Carreño Bolívar
Pontificia Universidad Católica de Chile

ESTE texto —como se decía antes— no es sobre Lemebel, Pedro, La Pedro, sino sobre sus amigos. Los que estaban desde temprano cuando las pancartas del alcalde comunista estaban siendo impresas en algún local de gigantografías de Recoleta —quizás con qué honorable raspado de olla—, y que se quedaron bajo un sol de fin de mundo hasta que no había más que irse al bar Quita Pena: —Se la jugó el alcalde, toda la jota en pleno es un triunfo de Pedro. —Ese jotoso con la alita rota haciendo guardia de honor, también lo es. —No sabes cuántos cabros se tenían que hacer los machitos para poder usar el amaranto, dice Paloma Bravo.

Afuera de la iglesia se empieza a juntar gente que fuma y que llora, que sale cuando la angustia. Adentro todas las familias. —Pedro pidió que fuera aquí y ¿por qué no? Los hermanos nos han recibido bien. —Vamos a cantarle, Los Gipsy Kings al Pet que alguien baile, dicen Gilda Luongo y Malú Urreola. Con ánimo, pero sin reales ganas. —“Lágrimas negras”, ese bolero le encantaba. —¿O sería el Cigala? Digo media atragantada entre la risa y el llanto. Cantamos un pedazo de “La Internacional”, no nos sabemos la letra completa. Alguien que no soy yo improvisa: “Arriba los pobres del mundo y abajo el calzón popular”.

Era una iglesia abierta. Esa que llaman de Fray Andresito, la iglesia de La Vega, de los vagabundos, la que ampara a los mercaderes pobres en su costado y que recibe a la turba colipata, rebelde y atea, a sus lectores, a

los deudos del prodigo prodigio, como a Pedro por su casa. Algunos tienen rabia, porque el Premio Nacional se lo dio solo la calle, porque el pueblo y la conciencia, porque vendrán las oscuras golondrinas a robarle su fulgor, los oportunistas, dicen, porque se fue y ahí la rabia se convierte en pena: –“No hay extensión mas grande que mi herida”. –Vi a tantos estudiantes salir detrás de una de sus esquinas para no tener más vergüenza. –No conozco a nadie cuya literatura haya cambiado concretamente la vida de tantas personas. –Ni la Marta Harnecker, pues, dice uno, al que le relucen las lágrimas como si fueran lentejuelas.

Escucho decir como en un bolero: “No hay nadie como él” y asentimos haciendo con el corazón la melodía de esta letra. Los abrazos vienen largos y lentos, bailamos con pasión y seriedad el “Only you” de Pedro Lemebel, una lentitud que le regalamos y nos damos para darle espacio a tanto amor que se revela cuando sale el arcano de la muerte. Nos agradecemos, nos queremos, nos reconocemos, nos emocionamos, tal y como cuando leíamos o escuchábamos sus crónicas. Somos sus personajes, en alguna parte pensamos que Chile y nosotros mismos morimos también: “No hay nadie como tú”.

Estamos con Héctor Núñez al lado del cajón que está primoroso de lindo, porque “antes muerta, otra vez, que sencilla”. Nos acercamos y me muestra certero a los jóvenes comunistas más guapos. Nos reímos con complicidad, adivinamos cuál le gustaría. Me dice: “Pidámosle al Pedro que nos ayude con estos asuntos filoliterarios”. Tocamos el féretro con la devoción que da el amor a esta devota de la Virgen de las agujas. Pienso que mientras estén sus amigos capaces de obligarse al erotismo y a la risa, Chile estará a salvo.

Lo que pasó en la noche lo vi en fotos. Me fui a trabajar que es lo que hice cuando se murió mi padre. Vi bailes, cantos, las gloriosas críticas y escritoras de los ochenta haciendo guardia de honor, Raquel Olea,

Carmen Berenguer, Nelly Richard. Sus primeras críticas junto con Soledad Bianchi. Y es que tuvo una lealtad inquebrantable con las mujeres, esas mujeres de fuego, mujeres de nieve: Peggy Cordero (“el barrio se ilumina cuando anda de buenas”, me dijo), Carmen Soria, Gilda Luengo, Gladys Marín, Malú Urréola, de las que sé y conozco, pero tantas otras. Nunca un mal gesto o una violencia, siempre fue dulce conmigo digo entre sollozos. Marcial Godoy me dice por Facebook: “Es que no era la más mala de todas”, para que me ría y me río. La más mala estará en sus críticos, digo, y luego pienso que debo arrepentirme porque es broma y porque aunque fuera cierto, hoy me darían ganas de darle el pésame y las gracias. Su primer milagro, dicen.

Salimos a la calle con dirección a la pérgola. Hay una multitud bajo el calor como si fuera “Comienza el desfile” de Arenas —“esa loca que mató el sida y no la revolución”—, dijo Pedro en su momento. Van los abrazos y los encuentros: “Los de la jota, acá”, ordena alguien con TOC y los trata de poner a todos juntos como un solo cuerpo. Otro grita: “Les guste o no, esta loca histérica es la que está organizando esto, así que no nos vamos a mover mientras la familia no llegue”. Hay una travesti que oficia de viuda, una genialidad, para qué más decir. Un joven nos tira agua con una manguera, lo agradecemos, luego una lluvia de pétalos y flores toca el cajón donde va quien queremos, es el beso delicado y colorido del pueblo. Una banda toca la plegaria del labrador, pienso que le gustaría, que una vez alguien le dijo que su manifiesto era la plegaria del maricón y que ese grotesco era honorable. Víctor Jara, Andrés Pérez, Pedro Lemebel, presentes, bordaron Chile de otra manera, para siempre.

En el cementerio el *dandy* más *dandy* intenta dar armonía a la desolación. Juan Pablo Sutherland dice que todos tienen derecho a hablar, que ese es el Chile que necesitamos; que sobre todo, estamos despidiendo a un amigo y no deja que pifien a la ministra Barattini, también amiga de Pedro. Juan Pablo Organiza los turnos, calma las aguas, habla con voz bella. No lo

alcanzo a ver, pero recuerdo su infinita valentía de escritor militante, comparte con Pedro esa integridad y coraje y siento que Pedro es también el cuerpo repartido, un ojo de loca que dejó en los lagos y el corazón y su valor en todos sus amigos. Hay un canto triste en mapudungún, nuevo unas ramitas, hago el afaán y grito con el alma marichiweu, cuatro veces, para que llegue también al wallmapu del norte, al de Luis Cárcamo-Huechante.

El camino va entre el pueblo unido y como si fuera la noche la última vez. Muchas veces suena...compañero Pedro, presente, miles, es emocionante, tanto que José Salomón dice: “Tanto compañero, compañero, compañero, como si hubiera muerto en un enfrentamiento”. Nos reímos de su ingenio, de su mirada siempre im-pertinente y pertinaz y siento que ese esfuerzo por lo que Lemebel llamó “homosexualizar la vida”, que es abrir la perspectiva más allá del heterosexismo, está vivo y coleando entre sus amigos. Descansamos un rato bajo un árbol, vienen las fotos, los registros, los comentarios estéticos sobre los discursos (los míos) como Gabriel en “Los muertos”. Así somos, así seremos. Por ahí anda el Che de los Gay, ineludible en plumas aladas, vi a Zambra y a otros escritores y escritoras llorar sus lágrimas negras. Me encuentro de nuevo con Héctor y me dice: “Su muerte fue una performance, luchó, donó sangre menstrual marica”. ¿En qué flores volverás a nuestra huerta? Te lloramos como desalentadas amapolas con o sin espinas, te esperaremos y cada uno de nosotros hará algo bello y tierno en tu memoria. Seguiremos, por ti, riendo, luchando, poniendo el cuerpo. Porque tu voz, tu dulce voz, tu voz existe, reside en el país que hemos soñado, inútil será decir que te habremos olvidado.